quizás mañana la palabra amor...

Jordi Sierra i Fabra

Quizás mañana la palabra amor...

Jordi Sierra i Fabra

Quizás mañana la palabra amor...

Primera edición: diciembre de 2013
Quinta reimpresión: febrero de 2019

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Fotografía de cubierta: Fernando Sancho

© del texto: Jordi Sierra i Fabra, 2012
© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2013
Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú
Teléfono: (51 1) 614 8900
contacto@sm.com.pe
www.sm.com.pe
www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Cecosami S. A.
Calle 3, Mz E, Lote 11, Urb. Sta. Raquel, Ate

Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-316-054-8
Registro de Proyecto Editorial: 31501311900084
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-01274

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

El primer día

1

De pronto, todo era distinto.

Por primera vez se sentaba en aquella silla sin el miedo a ser juzgada, sin que el ojo crítico del médico la examinara con la lupa de su experiencia, dispuesto a captar detalles, signos, pequeños gestos reveladores que la traicionasen. El despacho ya no era una cárcel, sino una puerta. La ventana no tenía rejas, sino la luz del sol que se filtraba por ella. Incluso el doctor Rocamora parecía otro.

Un rostro humano.

Sonreía.

–¿Cómo te encuentras, Dora?

–Bien.

–¿Estás preparada?

–Sí.

–De acuerdo.

Así, tan sencillo, tan fácil. «¿Cómo te encuentras?». «¿Estás preparada?». «De acuerdo».

Dora sostuvo su mirada.

Carlos Rocamora tenía unos cincuenta años. En su despacho no había nada que revelara algo de su vida privada. Ninguna fotografía de una esposa o hijos. Solo el anillo de casado en el dedo anular de su mano izquierda. Ningún

paciente podía sentir empatía o rechazo. Las paredes eran asépticas: diplomas y libros. Sobre la mesa despejada, sin siquiera un ordenador, la única concesión al margen de papeles, una pluma y el teléfono, era un busto de Freud hecho en bronce o cualquier metal semejante.

Ella sabía que era de Freud porque se lo preguntó un día.

Uno de los primeros.

Y de eso hacía...

–¿En qué piensas?

–En que cuando salga de aquí, todo esto me parecerá un sueño.

–Me gusta que emplees la palabra sueño.

–¿Por qué?

–Es mejor que pesadilla.

–Nunca ha sido una pesadilla –fue sincera.

–No todos lo ven así.

–Ya lo sé.

El médico se reclinó en su butaca sin dejar de observarla con su medida sonrisa. Un padre contemplando a su hija con orgullo después de que aprobara los exámenes o algo parecido.

Algo parecido.

–Hemos hablado mucho durante este año.

–Sí –admitió ella.

–Hemos tenido días buenos y días malos.

–Lo sé.

–¿Recuerdas cuando te dije que saldrías de aquí y tú opinaste lo contrario?

–Lo recuerdo.

–Entonces te darás cuenta del enorme cambio que has experimentado.

–¿No será que, además, he crecido?

–Eso también.

–¿Sabe qué recuerdo yo? –no esperó el asentimiento del médico–. El día que me dijo que la vida era un gran ruido entre dos silencios, y que mi ruido no había terminado, que justamente estaba empezando.

–Sabes que eres muy lista para tu edad.

–Han sido muchas horas para pensar.

–Es más que eso. Lo esencial es que entiendas que tu vida es tuya, pero que eso no te da derecho a desperdiciarla ni a que decidas cuándo terminar con ella. No con todo por delante, por duro que haya sido lo que dejas atrás. Cada vida es una oportunidad. No tenemos más.

¿Una última prueba de fuego?

–He aprendido lo que significa vivir, descuide.

–Dora, te has hecho fuerte –el tono se hizo decididamente paternal–. Esto es lo que más me ha sorprendido... No, sorprendido no. La palabra es impresionado. Mentalmente eres muy fuerte, pero emocionalmente las cicatrices están ahí, y eso es lo que más debes trabajar al salir. Aquí ya no puedo hacer nada por ti. Depende de ti al cien por cien. Vas a regresar a tu casa, a tu mundo, y deberás enfrentarte a todo siendo consciente de que eso es algo muy duro. Yo sé que estás preparada para ello. Si te queda alguna duda, habrás de superarla sola.

–¿Puedo hacerle una pregunta?

–Adelante.

–¿Alguno de los que han recibido el alta ha vuelto a intentarlo?

El doctor Rocamora mantuvo su rostro impasible.

Una pregunta demasiado comprometida.

–Perdone –dijo Dora.

–Entre intentarlo y consumarlo hay un gran trecho.

–Ya, pero imagino que esas cosas son secreto de sumario.

–No tiene que importarte lo que hagan los demás, sino lo que hagas tú, cómo te sientes tú y cómo vas a reaccionar tú. Y la respuesta es no. Ninguno de los que han salido por esta puerta lo ha consumado, aunque no te mentiré: dos lo intentaron. Un chico de diecinueve años y una chica de veintitrés.

–¿Parecían curados?

–Estaban curados, pero…

–Usted confía en mí, ¿verdad?

–Sí.

–Para mí es suficiente.

–Siempre has sido especial, no voy a mentirte.

–Yo me siento diferente, pero no especial.

–Diferentes somos todos. Especiales hay pocos.

Sonó el teléfono. Alargó la mano y tomó el auricular. No dijo nada, se limitó a escuchar. Luego pronunció un monosílabo y colgó.

Finalmente se puso en pie.

–Bueno, solo quería despedirme y desearte suerte –rodeó su mesa mientras se estiraba la blanca bata.

Dora también se incorporó.

Carlos Rocamora era bastante imponente. Medía medio palmo más que ella.

El hombre la cogió por ambos brazos.

–Tómatelo con calma –le dijo–. Sin prisas, sin forzarte, dominando siempre que puedas las emociones y las sensaciones que te asaltarán. Y si no puedes dominarlas,

déjalas fluir, analízalas. Decide si quieres volver a estudiar o trabajar, pero quema etapas despacio, sin saltos. Y sobre todo no olvides que estoy aquí, y que puedes llamarme siempre que lo desees, a cualquier hora del día o la noche.

–Bien.

–¿Lo harás?

–Sí, de verdad.

–Dora, hablo en serio.

–Yo también. Si estoy mal, le llamaré.

–No pierdas ni número.

–Me lo aprenderé de memoria.

El doctor la abrazó.

Fue un gesto espontáneo.

Ella se estremeció y cerró los ojos.

Cuando se separaron, él la acompañó hasta la puerta del despacho.

–¿Viene a buscarte alguien?

–No, mi abuelo aún no puede moverse bien.

Carlos Rocamora abrió la puerta.

–Gracias –suspiró Dora.

–No olvides lo más importante: tienes diecisiete años.

–Casi dieciocho.

–Diecisiete –insistió él.

Ella logró esbozar una sonrisa.

–Vale –dio el primer paso en pos de su nuevo destino.

2

No tenía muchas cosas. Un poco de ropa. Un poco de todo. Un poco de nada.

Lo que había escrito.

La foto de sus padres y de su hermana.

Lo peor no era meterlo todo en una bolsa.

Lo peor era meterse a sí misma en la vida.

Elena la observaba desde su cama, sentada, con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas. Tenía la barbilla escondida detrás de las rodillas, así que de su rostro solo se veían la nariz y los ojos.

Parecía que ninguna rompería el silencio.

No fue así.

–¿No tienes miedo?

Dora cerró la cremallera.

–No –dijo.

–Yo estaría cagada.

–Algún día también te tocará a ti.

–Yo no saldré.

–Yo decía lo mismo.

–Es distinto.

–Cada caso es distinto, y lo sabes.

–Deberías tratarme tú y no él –suspiró Elena.

–El doctor Rocamora es bueno.

–Eso lo dices porque te ha dado el alta.

–Lo digo porque es verdad. Hay que confiar en alguien.

–¿En un manicomio?

–En todas partes.

–Le has engañado bien –su compañera chasqueó la lengua–. Buena niña, buen comportamiento, caritas angelicales, dulzura… Eres lista.

–¿De veras crees que le he engañado?

–Yo te oigo gemir por las noches, ¿recuerdas?

–Tengo pesadillas, como todos.

Elena la atravesó con su mirada.

Era como si de pronto se sintiese traicionada.

Su amiga se iba.

–Si yo fuera tan guapa como tú, también lo habría conseguido.

–No seas tonta.

–Les caes bien a todos.

–A veces creo que me he pasado media vida aquí dentro –fue sincera.

–Guapa, guapa, guapa –insistió Elena–. A ti no te habría plantado por otra.

De vuelta al pasado. Su pasado.

–No digas eso.

–A ti no –insistió–. Ni aunque tu mejor amiga hubiera sido Miss Universo. Nacho…

–Nacho fue un cerdo, y lo sabes. Creía que ya lo habías superado.

–Me dejó porque soy vulgar.

–Elena…

–Tú eres preciosa, y yo no. Mi mejor amiga también era más guapa que yo… –empezó a moverse hacia adelante y hacia atrás.

Dora dejó la bolsa y se sentó a su lado. Habían hablado mucho en aquellos seis meses. Las huellas en las muñecas de Elena eran mucho más visibles que las de su alma, pero las de su alma seguían sangrando, sin cicatrizar.

–Elena, cálmate.

La chica dejó de moverse.

–Estás deprimida porque me voy, eso es todo –mantuvo la distancia sin rebasar los límites que las separaban.

–A saber a quién me meterán –señaló la cama, ya vacía, con la bolsa encima.

–Una nueva, y tú serás la veterana que la ayudará.

–Otra loca.

–No estamos locas.

–Si quisimos matarnos, es que estamos locas.

–¿Quieres que me quede?

–¿Lo harías? –se sorprendió.

–Podría intentarlo.

–El doctor Rocamora no te dejará.

–Entonces vendré a verte.

–¡No!

–¿Por qué?

–¿Por qué habrías de volver aquí? ¡Ni se te ocurra!

–Pues cuando salgas nos iremos de marcha.

Volvió el silencio.

Un puñado de segundos.

–Tú vas a enfrentarte al vacío –dijo Elena despacio–. Ellos no están. La ausencia es más soportable –parecía al borde del desequilibrio–. Nacho, en cambio, sigue allí, en mi mismo rellano, puerta con puerta, ventana con ventana. Sigue allí, ahora con ella, viviendo juntos. ¿Cómo voy a volver a mi casa? Tú has de llenar tu mundo, Dora.

Yo no sé cómo vaciar el mío. Le sigo queriendo a él y la sigo odiando a ella.

–Cálmate.

–Estoy calmada, ¿no lo ves? –endureció el gesto–. No quiero que vengan las focas con sus malditas pastillas. No quiero que me dejen robotizada. He descubierto que el dolor alienta la rabia.

–No se puede vivir con rabia.

–Al contrario: la rabia es lo único que te permite vivir.

–Vamos, Elena, por favor.

–Vete, va.

–No me hagas eso.

–¿Hacerte qué?

–No puedo dejarte así.

–¿Qué quieres, una fiesta?

–Déjame que te abrace.

–No.

–Una sola vez, hoy.

–No –se echó un poco hacia atrás.

–Sería un paso…

–Nadie va a tocarme –apretó las mandíbulas.

El último había sido él, Nacho, su novio, el amor de su vida.

–¿Ni siquiera un beso en la mejilla?

Elena no se movió. Su expresión, el doloroso vacío de su mirada, lo dijo todo. Antes de que Dora pudiera agregar algo más, se abrió la puerta de la habitación. La enfermera jefe, Augusta, asomó la cabeza.

–¿Estás lista? –se dirigió a ella.

–Sí.

–Entonces vamos. Te acompañaré.

Todos los días, nuestro camino
se cruza con el de personas a las que quizás
no volvamos a ver jamás pero que, aun así,
pueden cambiar nuestra vida para siempre.
Para bien... y para mal.

¿Qué pasa cuando vuelves a encontrarlas?

152924
ISBN: 978-612-316-054-8
9 7861 23 1605 48
Hecho en el Perú

sm